

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

China en transición: tierra, trabajo y dinero.

Flores, Verónica Noelia y Ramos Volk, Mateo.

Cita:

Flores, Verónica Noelia y Ramos Volk, Mateo (2009). *China en transición: tierra, trabajo y dinero. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/410>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

China en transición: tierra, trabajo y dinero

Verónica Flores y Mateo Ramos Volk

Desde fines de la década del setenta, el sistema económico chino ha experimentado una serie de reformas que han modificado sustancialmente los modos de organización productiva tanto en el espacio urbano como rural. A partir de una nueva política estatal tendiente a la descentralización del control de los recursos, sobre todo de la tierra y la fuerza de trabajo, el proceso de reforma ha generado una transformación profunda en el funcionamiento de los mecanismos de producción y circulación, así como en el comportamiento económico y las prácticas agrícolas campesinas. Así mismo, la descentralización en el plano económico tuvo su correlato en el plano político. El abandono de las instituciones colectivas, forjadas en la primera década revolucionaria, aumentó la tendencia, ya preexistente, a la toma de decisiones discrecionales por parte de los cuadros de base, dando lugar a un proceso de reconfiguración de los vínculos de poder, tanto materiales como simbólicos, dentro de la aldea.

El objetivo de este trabajo es trazar un breve recorrido del período iniciado con las primeras políticas agrarias de la República Popular, pasando por las transformaciones ocurridas en el campo durante los años setenta y ochenta hasta la actualidad. Nuestro eje problemático atravesará la cuestión de la tenencia y propiedad de la tierra, los modos y cambios en la organización del trabajo y la circulación del producto en el espacio rural y urbano, de manera formal e informal. Se analizará por un lado, el impacto de la reforma institucionalizada por el Estado sobre las formas de reproducción de las unidades domésticas campesinas y su articulación en el espacio aldeano, teniendo presente las relaciones de dominación funcionando en él; y por otro lado a nivel más amplio la incidencia de esta dinámica sobre el desarrollo de los mercados de tierra y trabajo en las áreas urbanas.

UNO. La aldea como sujeto de análisis

En cuanto al marco conceptual elegido para abordar estos problemas, en principio, consideramos a la *comunidad aldeana* como unidad de análisis básica, en tanto

constituye un espacio de integración y pertenencia, a partir del cual se definen las condiciones necesarias para el logro de la subsistencia de sus miembros.¹ La comunidad aldeana asume un papel primordial como modo de organización del espacio rural al regular el acceso a la tierra y a los demás recursos productivos bajo su control material o simbólico. Su funcionamiento está dinamizado por la coexistencia en su interior de un número determinado de familias campesinas que constituyen en sí mismas *unidades domésticas* de propiedad, producción y consumo.² En el marco de una economía de tipo doméstico, se definen como campesinas en tanto organizan con una lógica interna propia, específica, las prácticas productivas que les permiten cubrir las necesidades básicas de subsistencia de sus miembros.³ El elemento clave en esta organización reside en la apropiación privada de las parcelas como miembros de la comunidad. En principio, utilizan sólo la fuerza de trabajo de sus miembros para lograr un relativo estado de autosuficiencia. No obstante, la aparición de diferencias de orden socioeconómico en el seno de las aldeas, nos conduce a destacar la heterogeneidad del campesinado como clase, al plantearse en su conjunto la existencia de diferentes “tipos” de campesinos: ricos, medios, pobres, asalariados. El criterio de esta valoración se basa en las diferencias de relación respecto a los medios productivos, es decir respecto al acceso a la tierra y organización de la fuerza de trabajo.

Luego, consideramos este sistema en funcionamiento al conectarse con una sociedad más amplia, donde se articula por ejemplo la participación en intercambios mercantiles, la relación con miembros de otros grupos sociales, las posibilidades de participación política en determinadas coyunturas de crisis. En este nivel, observamos la relación entre los dirigentes de las comunidades aldeanas y los agentes que controlan el poder público o privado de una región más amplia, desde una perspectiva de conflicto permanente por la apropiación del excedente campesino. Si bien tales instancias de

¹ Archetti, E. y Aass S. “Una visión general de los estudios sobre el campesinado”, en Archetti E., *Campesinado y estructuras agrarias en América Latina*, Quito, 1981, pp. 13-48.

² Worsley, P, “Economías campesinas”, en R. Samuel (ed), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, pp.169-176. Shanin, T. *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, Barcelona, Anagrama, 1976. A. V. Chayanov, *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974. Sobre la teoría de Chayanov acerca de la economía campesina -como sistema específico en el que la tierra, el trabajo y los medios de producción se combinan siguiendo el proceso natural de desarrollo familiar-, D. Thorner, “Una teoría neopopulista de la economía campesina: la escuela de A. V. Chayanov”, en A. V. *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, México, Pasado y Presente, 1981, 138-152.

³ Sobre el concepto de campesino, como categoría social específica y los debates suscitados en torno a ello, ver J. D. Powell, “Sobre la definición de campesinos y sociedad campesina”, en L.J. Bartolomé (eds.), *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología.*, Bs. As., Periferia, 1974, pp. 45-53. Durston, “Clase y cultura en la transformación del campesinado”, *Revista de la CEPAL*, 16, 1982, pp. 155-177.

articulación del sistema suponen diferencias socioeconómicas que generan relaciones de explotación intraclase e interclase, resulta notable la existencia de un particular grado de autonomía en la administración de las tareas productivas, en el control de los ciclos de trabajo, en los modos de gestión de la economía a nivel doméstico. En China esta característica tuvo una continuidad notable a lo largo de su historia. Entonces veremos a partir de ahora, cómo se organizó y transformó su estructura agraria, siguiendo los lineamientos mencionados a fin de desembocar en la situación del campesinado durante el período de transición de los ochenta a los noventa.

En las últimas etapas del Imperio se constató una ampliación de las tierras privadas y una reducción de las estatales o comunitarias. Esto supuso una mayor presión demográfica sobre este recurso y una mayor capacidad de las autoridades locales de retener el excedente y controlar su circulación. Al interior de las aldeas, las familias se organizaban aún bajo una lógica de reproducción simple, aunque sujetas a relaciones de dominación “feudales”.

Durante el período de la República nacionalista se profundiza la penetración del capitalismo en las áreas rurales. La creciente presión fiscal, vinculada a la penetración capitalista, y su impacto sobre los hábitos de consumo e inversión de las clases propietarias se suma al crítico desbalance demográfico del período para agravar los ciclos de escasez.

A partir de la movilización política propiciada por la guerra –en un principio contra Japón y luego la guerra civil entre nacionalistas y comunistas- provoca una evidente alteración de las estructuras de dominación y debilitamiento de los poderes locales. La emergencia del poder campesino-rojo no es sino la manifestación de un proceso mayor: la sustitución de un tipo de Estado por otro. Esto se constata en las formas tempranas de organización de los soviets rurales, en las que el partido comunista comienza a apropiarse de las funciones estatales.

En el campo, los cabezas de familia organizaban el cultivo y la gestión agrícola; y los funcionarios del gobierno no intervenían más allá del nivel de los distritos (*xian*). La reforma agraria que se instrumentó inmediatamente después del establecimiento de la República Popular en 1949, cambió sustancialmente esta estructura que había caracterizado a la sociedad tradicional por más de dos mil años.

Después de 1955, el sistema agrario colectivo, combinado con la política de monopolio de compra y comercialización, le permitió al Estado proporcionar a la población urbana

alimentos más baratos. La población rural aportaba de este modo a la “acumulación socialista primitiva”.

Los cambios afectaron de manera directa las decisiones sobre el cultivo de la tierra, generando la exclusión de la familia del centro de la toma de decisiones y de la administración local. A partir de este momento, todas las decisiones vendrían desde arriba.

La organización del partido –representado por los cuadros- tomó el control y la dirección de los campos y el monopolio sobre los recursos locales. Las comunas, y luego los equipos de producción, reemplazaron a la familia como unidad social básica en las aldeas. En este sentido, el esquema de distribución que se establecía ubicaba en primer lugar al Estado, luego al colectivo y en último término al individuo como sujeto decisonal. Esto contradecía la ética tradicional china que situaba al núcleo familiar por encima de todo.

La política del predominio de cereal que llevó adelante el Estado con miras a apoyar los planes de industrialización, privó a muchos agricultores de fuentes alternativas de ingresos, al exigirles el cultivo exclusivo de cereales, en detrimento de otras actividades que tradicionalmente habían complementado los ciclos agrícolas. Así las industrias artesanales y el empleo estacional fuera de la agricultura decayeron, del mismo modo que la comercialización en mercados rurales.

Con la colectivización, el Estado restringió pero no anuló los vínculos de solidaridad basados en las redes de parentesco local. Quedó bajo control de los cuadros el uso de la fuerza de trabajo de los miembros del colectivo, así como el contacto social con el exterior.

En el campo, la movilidad física y social de los agricultores se vio impedida por vincularse a la tierra colectiva y a la dirección de los cuadros. Los intentos de migración rural al comenzar el proceso de colectivización fueron impedidos a través de una alianza en diferentes niveles de las autoridades de seguridad, transporte y racionamiento. El poder efectivo era detentado por el secretario de la brigada y del jefe del partido a nivel de la comuna, con la policía y la milicia bajo su mando.

Siguiendo el argumento de Kate Xiao Zhou, las medidas políticas de la RCCh para la transformación socialista, la colectivización, el sistema de control de residencia y de

abastecimiento (distribución de cereal subvencionado a la población urbana y asignación de cuotas de producción), crearon una nueva clase de agricultores⁴.

En 1958, Mao firmó el “Reglamento para el registro de los grupos domésticos de la RPPCh”, legalizando de este modo el sistema hukou, como medio efectivo de control de la movilidad física de la población.

El hukou era el pasaporte interno o sistema de registro residencial de los grupos domésticos. Su aspecto más importante residía en el control sobre la movilidad espacial y sobre el racionamiento de cereal, en un momento de esfuerzo decidido por aumentar la industrialización de los sectores estratégicos de la economía. El objetivo más directo del hukou era frenar e impedir la migración hacia las ciudades más grandes, y controlar el sistema de racionamiento. Quienes poseían un hukou rural no podían ir a la ciudad, ni obtener vivienda ni trabajo no agrícola. Recibían cereal racionado por el equipo de producción. Al mismo tiempo, la disponibilidad de cupones de comida a precio subvencionado para quienes poseían hukou urbano y pertenecían a una unidad de trabajo urbana (*danwei*) se convirtió entonces en una marca importante de estatus. El modo de adquisición de alimentos sentó una clara diferenciación de clase en la sociedad china, polarizándose entre el sector urbano y el sector rural.

Este sistema de control burocrático de los alimentos se extendía también al acceso a los bienes y servicios sociales, situando a la población rural en una situación desventajosa en la asignación. Estructuralmente, la agricultura socialista vinculaba a los campesinos a la tierra y a los cuadros, pero les impedía poseerla individual o familiarmente, así como participar en la toma de decisiones sobre la producción.

El Estado ejercía entonces control sobre los circuitos de intercambio –generándose un intercambio desigual entre el campo y la ciudad-, y ejercía control sobre el destino del excedente.

Ahora, ¿Hubo desarrollo capitalista durante el período maoísta?

Entendemos que durante este período se profundiza la división social del trabajo, a la vez que se da una separación del productor de los medios de producción y una expansión del sistema salarial, aunque sin la existencia de un mercado libre de trabajo. Aunque dentro del sistema mundo, esté funcionando plenamente, no opera en China

⁴ Kate Xiao Zhou. *El poder del pueblo*. Ed. Bellaterra, 1996.

internamente la ley del valor, además de las formas clásicas de organización del trabajo en el capitalismo del SXX.

En el transcurso de este tiempo, el Gran Salto adelante de 1958, el Movimiento de Educación Socialista de 1963 y la Revolución Cultural entre 1966 y 1976, fueron importantes movimientos impulsados por el Estado, en diferentes circunstancias, para alentar el entusiasmo político de la población, y en particular de los habitantes urbanos, para que abandonaran el apego a los principios de la agricultura tradicional basada en la decisión familiar, y cooperasen con la construcción del proyecto socialista.

A pesar de los errores en la planificación se constata un crecimiento sostenido de la población. A su vez, el reordenamiento del espacio rural (redistribución de la tierra, colectivización, fijación a la tierra y lugar de residencia, etc) resuelven la crisis demográfica de subsistencia. En este sentido, el hambre del Gran Salto Adelante es la última crisis “antigua”.

El problema del período reside en el modo en que se resuelve el crecimiento demográfico y su proletarización.

Atravesando el plano social y político, durante todo el período se mantienen diferencias intraclase sobre la base de relaciones formales e informales de poder; así como diferencias interclase a raíz de la separación del trabajo manual y trabajo intelectual sobre la base del origen cultural-social-regional de los individuos.

La presencia del Estado a nivel aldeano se manifiesta a partir de los mecanismos político-ideológicos de extracción, instrumentados por los equipos de producción, pero también a través de las formas de seguridad social, a cargo el Estado por igual de la comunidad aldeana. En tanto la familia pervive como unidad de consumo dentro del sistema general colectivo (diversificado) y se incorpora de manera espectral el salario (en forma pero no sustancia), subsiste una forma de participación individual/familiar en el producto colectivo.

DOS. La familia como sujeto de análisis

Desde 1976, año de la muerte de los líderes fundadores de la República Popular -Mao Zedong y de Zhou Enlai-, la gobernabilidad de China se encauzó a partir del accionar de la llamada “segunda generación de líderes”. Deng Xiaoping asumió el mando real dentro del Partido Comunista Chino, dirigiendo la transición política hasta el año 1982.

En un clima político de profundo deterioro institucional, el principal objetivo de Deng fue afianzar el monopolio de poder del Partido Comunista Chino (PCCh), manteniendo como pilar dogmático del Estado y del partido el clásico marxismo-leninismo-pensamiento de Mao Zedong, aunque estableciendo diferencias notables en los mecanismos de administración, así como en la forma de legitimación del régimen. Tras varios años de aislamiento, el “cambio de dirección histórico” que intentó instalar la nueva generación de líderes señaló el inicio de la apertura política y económica de China al exterior.

Se abandonó a partir de entonces la planificación centralizada de las décadas anteriores, para dejar paso gradualmente a la formación de una economía mixta, con primacía de la propiedad estatal aunque con una orientación de puertas abiertas al comercio y la inversión extranjera. Con el propósito de impulsar la apertura económica y la inserción en el tráfico internacional, se instrumentaron a partir de 1978 cambios sustanciales en la matriz organizacional y productiva, orientando la modernización hacia cuatro áreas consideradas clave: agricultura, industria, defensa y ciencia y tecnología.

En el ámbito agrícola, las reformas tuvieron un impacto muy fuerte, sobre todo porque en los últimos veinte años el crecimiento en los índices de producción y productividad per capita se había inmovilizado drásticamente. Dadas las características geográficas de China, difícilmente el equilibrio entre población y recursos escasos podía salvarse sin una marcada autoexploración del campesinado. “A medida que la población crecía, los agricultores aumentaban sin cesar su producción total de grano, pero sólo a costa de reducir constantemente su tasa de retorno por hora de trabajo”⁵. El retraso provocado paradójicamente por el crecimiento de la producción sin aumento de la productividad se mantuvo entre 1950 y 1978.

Tal como entonces la primera generación de líderes había intentado una reforma agraria para movilizar la fuerza de trabajo en procura de autarquía económica, también durante la transición de fines de los años setenta se intentó una reforma profunda en las formas de organización interna de la sociedad campesina.

Se buscaba mejorar la situación de la población rural al tiempo que fortalecer la estructura del Estado, aún favoreciendo los canales de descentralización que diesen lugar a una mayor autonomía de los cuadros de base y a un relajamiento del control

⁵ Fairbank John King, *China. Una nueva historia*. Cap XXI “Las reformas de Deng Xiaoping 1978-1988”. Ed. A. Bello, p. 450.

desde arriba. Lejos de abandonar el gradualismo -que aún caracteriza el modo de instrumentar política del gobierno chino-, la transformación más visible del anterior sistema de comunas se manifestó en el cambio en las formas de incentivo para aumentar la capacidad productiva de los campesinos. Si en los años cincuenta y sesenta esta misma consigna había dinamizado la propaganda ideológica y difundido los incentivos de carácter moral que atravesaron los primeros años de la revolución socialista, ahora el estímulo se planteaba en términos enteramente materiales.

Las reformas del período de Deng, institucionalizan en el campo algunas transformaciones que habían comenzado ya durante la etapa de colectivización tardía. Institucionalmente la reforma -que se extendió entre 1978 y 1983- articuló cinco partes o actores intervinientes: el gobierno local, el partido, las entidades económicas colectivas, las entidades económicas estatales y las aldeas; y condujo los siguientes puntos de inflexión:

- Desplazamiento masivo de actividades económicas realizadas por equipos y brigadas a actividades realizadas a nivel de las unidades familiares.
- Liberación de los precios de algunos cultivos.
- Autorización para que campesinos vendiesen sus productos directamente a residentes urbanos.
- Permiso para que las comunas arrendasen sus tierras a familias agrícolas.

La dinámica de este período inicial de las reformas en el área rural estuvo dada por la aparición, generalización e institucionalización del *baochan daohu* (sistema de responsabilidad familiar en la producción, por contratos).

El sistema involucraba a un equipo de producción (parte de una aldea) y a una familia particular. Los cuadros administradores del grupo encargados de la contabilidad diseñaban el plan en su conjunto y firmaban con las familias un contrato en el que se disponía tanto las parcelas de tierra asignadas, como la estipulación de las metas de producción y la compensación que recibiría cada familia.

A través de este sistema, las cooperativas económicas otorgaron a cada familia una parcela de tierra para su cultivo durante un plazo inicial de 15 años. Por su parte las familias campesinas debían entregar una cuota estipulada de su producto, además de cumplir ciertas obligaciones de carácter social colectivo, como el mantenimiento de sistemas de riego, contribución a fondos comunes, etc.

Las familias podían consumir el excedente o vender una parte de él en los mercados urbanos; permitiendo el *baogan* un incremento significativo en el nivel de ingresos de las familias.

La práctica del *baochan daohu* fue clave en la transformación rural china desde fines de los años setenta y a lo largo de la década siguiente. El entusiasmo de la población rural y el rápido crecimiento de la productividad en el trabajo al generalizarse esta práctica, pusieron de manifiesto su decidida inclinación a la agricultura familiar y a las industrias rurales.

Inicialmente se establecieron plantas de experimentación en Sichuan y Anhui, donde se pusieron a prueba formas de gestión de la propiedad y coordinación del trabajo ajenas a la lógica del sistema de comunas.

Mientras que el sistema comunitario integraba lo administrativo, político y económico; el nuevo sistema –recuperando la funcionalidad del antiguo sistema de aldeas del período prerrevolucionario- pretendía gestionar cada una de estas áreas de forma separada, desvinculadas de los asuntos del partido. El retorno de la aldea como unidad administrativa y de gobierno, señaló la reestructuración del sistema de tenencia colectiva de la tierra.

A través de acuerdos individuales con los cuadros, y aprovechando con practicidad las medidas reformistas a nivel local y provincial que inició el Estado, las familias campesinas se encaminaron a lograr sus aspiraciones de autonomía en la producción y comercialización del producto.

Un año después de la muerte del gran líder, 21 años después del inicio de la colectivización, muchos recordaban aún los principios y modos de organización y gestión de la agricultura familiar.

A partir de fines de los años setenta, algunas medidas reformistas de algunos dirigentes locales que desregulan el antiguo mecanismo de control por parte del Estado, abren el camino hacia el retorno a la toma de decisiones sobre la distribución y el uso de la tierra y los recursos por parte de las unidades familiares.

En este punto, según la tesis de Kate Xiao Zhou, se va produciendo una revolución silenciosa y desorganizada, pero efectiva al permitir a los agricultores aprovechar todas las oportunidades que brinda la coyuntura para lograr sus objetivos.

Nos alejamos de su idea, no obstante, de que estos sujetos “agricultores” constituyen en sí mismos una suerte de “farmers” o “empresarios”, con una racionalidad económica

volcada sobre todo a la obtención de beneficios y ganancias a través de una lógica de mercado.

Es indudable que la extensión de la práctica del *baochan daohu* mostró una enorme capacidad para aumentar la productividad en el campo, lo cual dispuso en gran medida el favor de muchos dirigentes políticos que la habían rechazado en un primer momento. Quienes desde el gobierno habían apoyado algunas medidas reformistas a favor del *baochan daohu*, al comienzo lo habían observado sólo como mecanismo de resolución de una crisis coyuntural (el hambre de comienzos de los años sesenta y el estancamiento agrario de los años setenta). Los resultados exitosos de los proyectos experimentales desarrollados por los dirigentes provinciales de Anhui y Sichuan, proporcionaron condiciones más firmes para que se volcasen en su favor. Aún más, el apoyo brindado por Deng Xiaoping, no sin cavilaciones en un principio, fue crucial para lograr la institucionalización del sistema.

La búsqueda de autonomía de los agricultores funcionó como un importante apoyo a la reforma china. Al llevarse a cabo la descolectivización, el modelo ideal de la agricultura comunista (propiedad colectiva y organización estatal) quedó en franca confrontación con el modelo real –institucionalizado–, donde residía en la familia la responsabilidad de todas las decisiones importantes acerca del producto y destino de su trabajo. A través de este movimiento –dinámico desde arriba y desde abajo–, la población rural inició un cambio sustancial en el carácter de su economía y la del país. Después de desarrollarse este sistema, logrando el aumento de la productividad y generándose nuevos circuitos de intercambio y producción no agrícola en el campo, China entraría en una nueva etapa de desarrollo.

El éxito del *baochan daohu* condujo a mediano plazo a la extensión de los mercados locales, a la generalización y penetración de las industrias rurales y de manera consecuente y extendida, a la emigración de la población del campo hacia las ciudades.

La lógica que se desenvuelve con conflictos y contradicciones durante todo este período es la lógica del capital, que va penetrando con los estímulos al individualismo personal y familiar, con la incorporación decidida del salario y la aparición de nuevas pautas de consumo.

La pregunta que se instala a partir de entonces en el escenario político, y cuya resolución aún permanece inconclusa, es ¿cómo se resuelve el equilibrio población/recursos en este nuevo contexto de individuación social y económica?

La reforma genera una liberación del trabajo colectivo que se expresa en la reasunción de la autogestión por parte de las familias, en desmedro de la planificación por parte del Estado. Esta transformación, en apariencia beneficiosa para las ansias de enriquecimiento individual, da lugar a un retroceso en las garantías de seguridad y a un desamparo de la asistencia social, como producto de su separación de la comunidad. Este mismo movimiento también se traduce en una ruptura o deterioro de los vínculos de solidaridad entre individuos y entre aldeas, traducidos en un tipo de ordenamiento político diferente en la aldea/comunidad, a partir de la creciente urbanización de las antiguas áreas rurales, la ampliación de la esfera de relaciones y el estrechamiento de las distancias.

En cuanto al régimen de tenencia de la tierra, en 1984, nuevas regulaciones permitieron el contrato de las parcelas de tierra por un período de quince años, aunque tres años más tarde ese plazo se ampliaría a cincuenta.

El principio de entrega de los productos “a cada uno según su trabajo”, se instaló como un importante estímulo entre las familias campesinas, quienes sentían ahora en sus manos, asignada la responsabilidad de la producción y decisiones acerca de las inversiones necesarias. No estaba liberalizada la tierra como para efectuar su venta, pero a partir de este momento, las unidades domésticas tuvieron mayor libertad para cultivar determinadas parcelas, devolviendo al grupo una cantidad específica de la cosecha y pudiendo así incrementar la producción y los ingresos. La familia campesina individual –en lugar del equipo de producción- se irguió como la unidad básica de producción. Los resultados fueron favorables aumentando, luego de décadas, en mayor medida el nivel productivo que el demográfico.

El nivel de inversiones en el área rural, si bien aumentó considerablemente durante los años iniciales de la reforma, declinó durante la primera mitad de la década del ochenta. No obstante, fue significativo el cambio en la capacidad de inversión en que se vieron posibilitadas las familias campesinas.

Se abandonó el patrón de cultivo de la época previa, donde se buscaba la dedicación casi exclusiva al cultivo de cereales, sin tener en cuenta los condicionamientos de cada región geográfica. A partir de las reformas, se hizo mayor hincapié en aprovechar las capacidades productivas de cada región, de acuerdo a sus condiciones naturales y en

gran medida a los requerimientos del mercado, permitiéndose pautas de cultivo más variadas.

Otro tipo de motivaciones en beneficio personal de los productores fueron el permiso para llevar adelante la producción secundaria de ganado menor, hortalizas y pescado y su venta en el mercado libre rural, así como también la posibilidad de inserción laboral en industrias locales terciarias. En consecuencia, el comercio local y la diversificación se extendieron ampliamente con el impulso de estas reformas. Los principales beneficiarios de este cambio de rumbo fueron además sin dudas del Estado, los miembros de las nuevas elites locales -ya no los antiguos terratenientes-.

Todos estos cambios se tradujeron en una mayor movilidad del capital y trabajo. La posibilidad de efectuar cambios de tenencia o transferencias de contratos generaron una dinámica de movilidad social y espacial, que sobrepasó el objetivo inicial de descentralización de la gestión por parte del partido.

La nueva configuración del sistema de aldeas, o más bien la red de aldeas interconectada a través del sistema de mercados, rehabilitó una mayor transferencia de excedente, a partir del traslado de actividades agrícolas a actividades comerciales, de servicios, construcción, industriales en pueblos. Aún más, el corrimiento de las fronteras de la aldea a través de la inversión directa en otras actividades económicas que exceden este marco generó la aparición de inversiones individuales.

Entre 1978 y 1985, los mercados rurales crecieron de 33.000 a 61.000. A su vez, para el mismo período el intercambio en términos generales se incrementó de 12 a 65 mil millones de yuanes.

Por lo tanto, lo que las familias producían podía ser consumido dentro de la aldea, vendido en mercados locales o vendido al Estado de acuerdo a una tasa estipulada en el contrato. Se enfrentaban a la nueva y paradójica situación en la que el aumento de las posibilidades para posicionar sus productos, corría a la par del aumento de las necesidades de consumo, y por ende a la paulatina pérdida de la autosuficiencia doméstica. La cobertura de sus necesidades básicas cada vez más dejaba de depender de las decisiones y resultados de la gestión productiva individual, para quedar sujeta a la compra en el mercado (gestionado por el estado, cooperativas o emprendedores privados o en mercados libres locales).

El Estado intervino en este proceso incrementando los precios agrícolas, como modo de incentivo a la producción campesina, y absorbiendo los costos de este aumento, para evitar su traslado a los costos urbanos.

A principios de los años ochenta, muchos agricultores controlaban los *caishichang* (mercados libres de hortalizas y verduras) en las ciudades. Miles de migrantes rurales violaban las restricciones del hukou. Fortalecidos por el restablecimiento de la economía de base familiar, muchos se dedicaban a generar nuevos negocios, disponiendo tiendas y pequeños mercados en las calles de las ciudades. Aún careciendo del hukou urbano, se aventuraban a alquilar habitaciones y casas a otros agricultores, manteniendo buenas relaciones con los funcionarios para esquivar el control del registro residencial. Especialmente, eran jóvenes que buscaban empleo fuera del pueblo.

El empleo en el sector estatal se mantenía igual y en general no habían intentos por abandonar los empleos públicos, dadas las garantías de subvención con que contaban en mayor o menor medida, de manos del gobierno.

La liberación de la iniciativa privada en el campo determinó nuevas prácticas sociales que implicaban para los campesinos la adaptación a una nueva mentalidad, comportamiento y oportunidades económicas y sociales. Las reformas permitieron el surgimiento de “familias especializadas” en el campo que participaban de la industria y comercio rurales privados. Gradualmente, un importante número de productores rurales se convirtieron en pequeños o medianos administradores agrupados en familias, que comenzaron a competir con industrias estatales y empresas cooperativas manejadas por los miembros del PCCh. Se permitió a su vez una mayor autonomía de gestión y retención de beneficios en empresas públicas. Esta tensión resultó del aumento de la diversificación y del crecimiento de las industrias livianas que privilegiaron la agricultura y la producción de bienes de consumo para la exportación.

La industrialización del mundo rural se dio en esferas superpuestas y entrelazadas. Las industrias rurales -municipales y aldeanas-, fundadas por cooperativas económicas, dedicadas a la manufactura, los servicios, minería, transporte, alimentos, construcción se movieron en el marco de la desregulación de los circuitos de intercambio en el campo, para conectarse con el mercado interno y externo.

Desde el inicio de las reformas hasta mediados de los años ochenta, estas industrias aumentaron al doble su nivel de producción; y al finalizar el período el valor de los

ingresos generados por estas empresas superó el valor de los ingresos provenientes del sector propiamente agrícola.

El conjunto de las reformas provocó en general un sustancial aumento de las rentas en las zonas rurales. No obstante, a fines de los ochenta y coincidiendo con la crisis política e institucional del partido, la desigualdad entre regiones y luego entre aldeas se hizo cada vez mayor. La variedad de condiciones climáticas y geográficas así como a las diferentes posibilidades de aprovechamiento de los recursos y posibilidades de mejora de la irrigación y la fertilización se reflejaron en la capacidad de cada región para sostener los niveles de producción.

La segregación cultural entre el campo y la ciudad, que Mao tantas veces había condenado, se consolidó en gran medida a raíz de estos cambios. Los trabajadores urbanos conservaron mejores empleos, sueldos y acceso a la educación, lo cual se extendió hacia las zonas rurales adyacentes pero no a las distantes. El empobrecimiento de algunas de estas áreas se agravó con el corte en los suministros de servicios colectivos y medidas de bienestar social al caer la estructura de la colectivización. A partir de 1985, el crecimiento de la producción agrícola descendió debido al abandono del cultivo exclusivo de cereales, al deterioro de la infraestructura rural, al descenso de la inversión y los créditos para el agro. Esto se agravó por la eliminación de las políticas de incentivo no materiales, y el abandono de las distribuciones equitativas de grano.

El resultado de la falta de conclusión de las reformas, así como la creciente imposición fiscal y desigualdad en los ingresos, generó profundo un descontento en los distritos rurales. Sin embargo, a diferencia del Movimiento por la Democracia urbano de fines de los ochenta, los levantamientos campesinos de esos años se manifestaron aisladamente y sin una coordinación adecuada para resultar persistentes. En modo alguno pusieron en tela de juicio el sistema de impuestos ni mucho menos la existencia o la legitimidad del régimen. Con todo, la continuidad de la participación del sector rural en el desarrollo económico nacional se mantuvo como un índice importante de la sustentabilidad de las reformas.

El carácter particular de la geografía en las diversas regiones tanto como el peso de la demografía en China fueron aspectos que de un modo continuo fueron fuente de problemas de fondo para la instrumentación de las medidas de reforma. Si bien la estructura productiva se vio alterada notablemente en función de los esfuerzos

intervencionistas de un Estado que pretendía trastocar y renovar todas las estructuras previas, las diferencias interregionales así como la brecha socioeconómica entre los habitantes del campo y las ciudades persistieron, así como el desigual acceso a los recursos y oportunidades de movilidad social.

En relación a la lógica de funcionamiento interno de las unidades de producción campesinas, la intervención de los comunistas en el campo y las reformas que impulsaron en un primer momento permitieron la liberación –al menos aparente en las formas- del exceso de las cargas impositivas y abusos de los *dizhu* privilegiados. Con el transcurso del tiempo y luego de la llegada al poder del PCCh los mecanismos de transformación en el campo provocaron un impacto brusco en una estructura agraria aún esencialmente conservadora. La colectivización, si bien se planteaba en los proyectos de Mao como la solución más viable para encauzar la transición de la economía hacia el socialismo, provocó profundas disrupciones al interior de una sociedad cuya mentalidad y prácticas de comportamiento económico no estaban aún preparadas para dar el salto cualitativo. Aun así, el empuje de las reformas por el Estado a través de una enorme máquina partidaria extendida y ampliada en todas las regiones del país, suscitó necesariamente la articulación de la economía tradicional campesina a los nuevos objetivos de crecimiento económico que se planificaban desde el gobierno. Los resultados exitosos en cuanto al estímulo otorgado a la agricultura como base para la industrialización así como la infraestructura que se instaló en los campos para brindar servicios de apoyo y asistencia social al campesinado, resultaron en un incremento de producción en los años iniciales de la República Populares. Sin embargo, pronto el desfase entre la exigencia de los propósitos de crecimiento y los condicionamientos concretos –lentitud en la adaptación a las reformas y por sobre todo baja productividad- manifestó los desaciertos de las políticas agrarias en pos de la colectivización.

La articulación se dio también con transformaciones sustanciales en las relaciones sociales tradicionales entre y dentro de las familias y aldeas campesinas. La modificación de las leyes concernientes a la organización familiar y al matrimonio trastocó en diferentes momentos y de modo también diverso las relaciones tradicionales de poder entre los individuos y grupos, así como sus las estrategias de integración y control social. A la inicial embestida contra la influencia de los vestigios de la sociedad tradicional a partir del desplazamiento de poder de decisión hacia los grupos de trabajo a nivel aldeano con la colectivización, siguió el retorno al predominio del grupo doméstico sobre la independencia de los individuos. Si bien la libertad que proporcionó

el Estado a las unidades familiares a partir del sistema de responsabilidad por contratos, fue en gran medida un aliciente para el aumento del incentivo económico de los productores, también resulta evidente que dicho otorgamiento de autonomía a la hora de decidir acerca de la gestión productiva enmascaró el distanciamiento del Estado respecto a sus obligaciones de asistencia social y mantenimiento de la infraestructura de las áreas rurales. En gran medida, la frustración de muchas familias campesinas que no se acoplaron al nuevo sistema u otras que también devinieron en el empobrecimiento paulatino, se debió a la falta de capital y equipamiento técnico.

El elemento más curioso y a la vez más significativo de la experiencia rural china no es la transformación en sí misma de la economía campesina aún cuando ha sido primordial en el desarrollo de la República Popular sino su persistencia a lo largo del tiempo como piedra angular en la consolidación de aquella. Es decir, a lo largo de todo el proceso histórico analizado la movilización de mano de obra en disponibilidad en el campo fue una constante en los proyectos planificados por el Estado para producir reformas en la economía a nivel general y en la estructura agraria en particular. Las consecuencias de este profundo movimiento en las bases de la que fuera una sociedad conservadora y tradicional, desencadenaron reajustes que ocasionaron la articulación a los cambios exigidos, con mejores o peores resultados a largo plazo. No obstante la fricción que aquellos provocaron en el campesinado, su tipo particular de economía así como el carácter específico de su cultura e identidad de clase persistieron sustancialmente.

Aun hoy, en medio de una coyuntura internacional que merced al avance de las técnicas de producción capitalista y a la penetración cada vez mayor de la economía de mercado en el seno de las economías rurales hace parecer inevitable el proceso de “descampesinización”⁶, el caso chino resulta un caso de persistencia de lo que Redfield llama “sociedad parcial dentro de la sociedad global”⁷, es decir de coexistencia de una importante proporción de la sociedad que aún mantiene una estructura interna que obedece a una racionalidad particular que combina en sus prácticas económicas la adaptación al cambio a la vez que la aversión a los riesgos, del mismo modo que sostiene y reproduce en un mismo tiempo una misma actitud social conservadora y dinámica.

⁶ Schejtman, A: “Elementos para una teoría de la economía campesina” en *Trimestre Económico*, 166 (1975), p.487-508.

⁷ Redfield, R.: *Peasant society and culture*, Chicago, University Press, 1956.

Conclusión

Al finalizar el período Maoísta, la economía colectiva (a nivel rural) sufrió un rápido proceso de descomposición. Por lo analizado hasta aquí, es evidente que este proceso fue protagonizado, mayoritariamente, por las familias campesinas que atacaron desde sus mismos cimientos el sistema de planificación comunal. Sin embargo, este proceso celular, que fue capaz de realizar esta fenomenal transformación de la economía nacional China, no hubiese tenido éxito sin coincidir con una coyuntura en que se puso nuevamente en cuestión, como a inicios de la Revolución Cultural, la conducción del Partido Comunista, solo que esta vez la política no combatió con la política (como en la época de los Guardias Rojos), sino que fue el pragmatismo el que confrontó con la ritualizada estructura ideológica del maoísmo, que parecía ser impotente para resolver la crisis económica y la crisis moral desatada tras la muerte de Mao.

Ante todo, lo que parece haber ocurrido, es una pérdida de confianza en las capacidades del socialismo para resolver los problemas de desigualdad ocasionados por el desarrollo “escalonado” de la sociedad. La estructura corporativa y territorial que había resultado efectiva, en un primer momento, para hacer llegar las reformas sociales de la revolución a las masas, desembocó luego (por las limitaciones de su estructura material) en la implantación de un doble estándar de ciudadanía: Campo, Ciudad.

Durante los diez años previos al inicio del proceso de reformas, la Revolución Cultural había intentado por medio del control ideológico en el interior del Partido, amortiguar esta fractura que se estaba operando en la sociedad. Fundamentalmente la estrategia consistió en redireccionar el conflicto social (de base estructural) hacia el nivel político, donde podría ser reabsorbido dentro del sistema como una “contradicción no antagónica”. Pero esta estrategia requería un esfuerzo permanente de movilización política, que solo podría sostenerse si el vínculo de confianza entre los cuadros y las masas era sólido, y más aun, si los cuadros estaban comprometidos en su desenvolvimiento. La Revolución cultural operó fundamentalmente en lo ideológico, porque operaba en el nervio del partido.

A fines de la década del 70°, este compromiso había desaparecido en gran medida presa del desconcierto generalizado que reinaba en toda la estructura partidaria. Con el relajamiento del control ideológico, la razón burocrática se impuso por sobre el celo político, de esta manera los *cuadros* rurales preocupados por el cumplimiento de las metas planificadas y la presión administrativa que sufrían desde arriba, favorecieron las iniciativas individualistas de los campesinos. En este proceso no fue menos importante que las ideas de Deng se estuviesen imponiendo en la dirección del Partido.

En el período maoísta como posteriormente con Deng el bienestar (como objetivo revolucionario, tanto inmediato como futuro), ocupó un rol central. Esta propaganda no alcanzó menos a la población rural que a la urbana. La diferencia consistente entre ambos periodos fue que mientras que en la época de Mao el bienestar era una conquista solo alcanzable y meritoria dentro del colectivo, (basta recordar que el aumento de la productividad y la mejora en el bienestar es la premisa sobre la que se instituye el proceso de colectivización familiar), durante Deng el bienestar se convirtió en un compromiso que cada individuo (o familia) debía encarar por si mismo, y en el agregado de esfuerzos individuales estaba el éxito de la economía en su conjunto, de ahí el estímulo a la descolectivización. Mientras que en la etapa colectiva, la evidente desigualdad entre el campo y la ciudad se había convertido en el principal obstáculo para el desarrollo económico socialista, en el período que inaugura Deng la valoración es estrictamente la opuesta: la desigualdad existente es la principal herramienta para dinamizar la estancada economía nacional.

El dinamismo y el indudable éxito económico que se constata desde principios de los años ochenta luego del desmantelamiento de las estructuras colectivas, que obstaculizaban este particular desarrollo, han llevado a algunos autores a proponer que la sociedad construida entre el 49° y el 78° habría sido un retroceso feudal en la historia de China. Estos autores sostienen este argumento en base a dos interpretaciones: La primera es que el sistema de residencia, habría fijado al campesino chino a la tierra, cuando nunca antes en su historia habría sufrido tal condición, y el segundo es que el papel autoritario que los cuadros habrían desempeñado dentro del sistema colectivo, arrebatando la función que históricamente desempeñaba la familia en la planificación de su economía doméstica y las atribuciones coercitivas de que dispondrían, habría erigido virtualmente una nueva clase de señores en el interior del país. Ambas premisas se

sostienen en el supuesto de que antes de la revolución, China tenía un campesinado libre con un acceso restringido pero posible al ascenso social. Esta imagen modernista y liberal oculta el hecho de que el campesino durante la República Nacionalista es fundamentalmente un productor vinculado a la subsistencia. Que en el contexto de la aldea existían un sin número de intervenciones no económicas que se inmiscuían en la producción doméstica. Las dos instituciones más significativas eran el clan y el templo, pero también lo era el poder de los notables y terratenientes locales que controlaban el cuerpo represivo hasta el nivel del *Xian*. Además el horizonte territorial del que participaba el campesino rara vez se extendía más allá del núcleo de aldeas organizadas en derredor de una ciudad pequeña, que en el nivel administrativo era equivalente al *Xiang* o cantón, y mucho menos tenía la noción orgánica de pertenencia a una unidad mayor como lo sería la nación comunista.

El campesino de fines de la etapa maoísta, está efectivamente sujeto a un sistema de residencia discriminatorio, pero si en algo es posible percibir esta discriminación es precisamente en el hecho que lo restringe al acceso del bienestar del que disponen sus contrapartes urbanas. Es decir, el campesino maoísta es un sujeto que ya no está atado como antes a la subsistencia (aunque en un equilibrio muy precario) porque el sistema colectivo le garantiza una cobertura integral de su ciclo biológico, es más es precisamente esta cobertura de los precarios sistemas de seguridad social (garantizados por la comuna popular), lo primero que va a caer al descentralizarse la renta rural, lo que nos habla de que aquel campesino de fines de los años 70° es ante todo un productor que busca concentrar su renta para resolver un horizonte de consumo insatisfecho.

El sujeto social que inicia el movimiento de reformas económicas, ya no puede más ser visto como un productor de subsistencia, tampoco es un *farmer* capitalista o un proletario, es un sujeto social en transición que a medida que se involucra cada vez más con el sector secundario y terciario de la economía va transformando sus antiguas bases de reproducción material y simbólica vinculadas a una relación personal con la tierra y forjando otros nuevos. El milenario campo chino aun hoy está en transición.

Bibliografía:

- Anguiano Eugenio: “China: ni crisis ni transición”, en *Crisis y transiciones políticas en Asia del Este*, México. 2002.
- Bailey Paul, *China en el siglo XX*, Cap. VII “El orden posmaoista” , 2002.
- Bianco Lucien: *Asia Contemporánea*, cap 10 “La China Popular de 1949 a 1974)”, vol.33, SXXI, 1980.
- Bianco Lucien, “Modernización al estilo chino” en *Vanguardia Dossier.*, 2002.
- Botton F.: *China: su historia y cultura hasta 1800*, Cap. VI “El imperio burocrático”. Ed. El Colegio de México, 1984.
- Chen, Jerome: *Mao y la Revolución China*, Oikos-Tau, Madrid, 1966.
- *Chinese Communism modernization problems- A collection of articles on the 4-M Program*. Cap “Agricultural modernization on Chinese Mainland”, China Publishing Company, 1979.
- *Chinese Communism in the 1970's.- An Analysis of its problems*. Cap. “The new economic policies of Communist China”. China Publishing Company, 1978.
- Fairbank John King, *China. Una nueva historia*. Cap XXI “Las reformas de Deng Xiaoping 1978-1988”. Ed. A. Bello.
- Harriet Evans; “*Matrimonio y familia: la ley de matrimonio en la República Popular de China*”(Vol. 55), Estudios de Asia y Africa. Colegio de México.1983.
- Lieberthal Kenneth, *Governing China: from revolution through reform*, Cap. II “The Republican era”, 1995.
- Redfield, R.: *Peasant society and culture*, Chicago, University Press, 1956.
- Robinson, J.: *La gestión económica en china*, Edición Periferia/colección Tercer Mundo, 1975.
- Sahlins, “El modo de producción domestico”, en *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal, 1978.
- Schejtman, A: “Elementos para una teoría de la economía campesina”en *Trimestre Económico*, 166 (1975), p.487-508.
- Yu Guangyuan: *Economía de China*, Tomo 1, Edic. Lenguas Extranjeras, 1984, p. 85- 116.